DESMESURA HUMANA

---

* Publicado por primera vez en *Epokhé*, nº. 5, J. Millon, Grenoble, 1995.

La medida es la conveniencia de un ser con otro o consigo mismo. Como conveniencia con otro, es la «dimensión» para la que, en cambio, no hay ninguna conveniencia prescrita, excepto la del uso. Todos los sistemas de medida, por lo menos en parte, están fundados sobre consideraciones de uso (más o menos mezcladas con diversos simbolismos).

En cambio, siempre se puede medir, fuera de cualquier intención de uso, la vida media de un hombre en millonésimas de segundo, o en fracciones definidas del tiempo preciso para que nos llegue la luz de una lejana estrella. Se obtienen así curiosidades de almanaque (la altura de la columna formada por los libros apilados de la Biblioteca nacional...), desprovistas de sentido, pero no de verdad, por más infinitamente pobre que ésta sea. En este orden de la verdad, la desmesura es imposible. Es por el contrario el dominio por excelencia de los grandes números, de los cambios de escala, de los excedentes con relación a los medios, de los inconmensurables, etc. Siete millones seiscientas mil libras esterlinas para *Las Gracias* de Canova, he aquí una verdad mercantil, que ni es mesurada ni desmesurada. Diez mil millones de hombres sobre la tierra, he aquí una prospección de verdad demográfica que no es, como tal, ni mesurada ni desmesurada.

Estas cifras mismas, en cambio, miden algo: el ajuste de algunas evaluaciones en un mercado, el ajuste de cierto número de riesgos y de tareas en un mundo (en un mundo que se vuelve mundial por este ajuste

mismo). Dicho de otro modo, estas cifras miden cada vez una responsabilidad.

Tener en cuenta la «desmesura» de los grandes números viene entonces tanto a establecer simplemente una conveniencia privada de sentido de la «desmesura» consigo misma (tales son las curiosidades de almanaque, los libros de récords, o la exposición puramente espectacular de las dimensiones del universo, la ciencia y la verdad para curiosos), como a poner al día una responsabilidad. Cada uno de estos gestos se halla al reverso de los otros, y la proliferación de los grandes números en nuestra cultura, nuestros intereses y nuestras necesidades (dimensiones de una memoria de ordenador, precio de un submarino nuclear, etc.) define igualmente el crecimiento exponencial de una responsabilidad.

(Moravia lo presintió, sin duda que con imprecisión y demasiado maniqueamente, cuando escribió: «el Mal, hoy, se llama "Número" [...] El arma nuclear, arma homicida masiva, surge del Número. Sin el Número, su invención estaría despojada de sentido. Así, al Número de la especie se opone el Número del fin de la especie.» *Journal européen*, trad. Denis Fernandez-Récatala y Gianni Burattoni, París, Écriture, 1984, p. 58.)

No sin razón las cifras de los genocidios y otras formas de exterminación se han vuelto, si no propiamente nombres, sí semantemas de la modernidad. «Seis millones» es indisociable de la Shoah. «Seis millones», aquí (y otras cifras para otros exterminios, otras masacres), no quiere en absoluto decir «muy grande», ni «demasiado elevado», excesivo ni desmesurado: ¿sería, de hecho, «mesurado» matar a diez judíos, o a cien armenios, o a veinticinco tutsis? ¿Dejar morir de hambre a dos personas, en lugar de a un millón? Estas cifras no apuntan a un rebasamiento (¿de qué norma?, ¿de qué media?): señalan un orden, un registro propio de compromiso y de responsabilidad, del que ellas mismas forman parte.

(Sin duda, hay que remontar hasta Marx el esclarecimiento del gran número en la función que se podría llamar de exponente moral. Basta con echar un vistazo a tal o cual capítulo del *Capital*, por ejemplo: «Ley general de la acumulación», para que esta función salte literalmente a la vista: las cifras no son ahí sólo elementos del discurso, sino que lo preceden de alguna manera, indican su sentido con anterioridad a todas sus

significaciones articuladas. El «capital» es quizá también esto: la exposición y la exponencialidad absolutamente generales.)

Aquí también, como en el ejercicio vano de la curiosidad (o como en su exacto reverso), la «desmesura» es su propia conveniencia, e integra la medida de una medida «inaudita». Se mide a sí misma, es decir, que se compromete como totalidad. En el mundo de hoy, la desmesura no es un exceso indefinido por relación a los conjuntos reglados, no consiste en una excrecencia monstruosa y como tal llamada a periclitar: constituye una aproximación tendencial y continua de la totalidad. Indica menos el grado o el quantum de su grandeza (seis, o diez, o cuarenta millones; o bien: 0,13 ó 0,20 áreas cultivables por persona en 2050) que presenta la grandeza en sí como un absoluto que compromete a otra conveniencia del ser (o del hombre, o del sentido, como se quiera decir). Se podría ilustrar así: el *big bang* no es asunto de «muy grande» cantidad (de tiempo, de energía, de dimensiones del Universo, etc.), es asunto de una grandeza (el Universo) que es en sí toda su medida, y no tiene otra.

Esta grandeza que es en sí misma su medida «desmesurada», o su desmesura medidora, da de inmediato la escala de una responsabilidad total: bien analizado, el asunto del *big bang* es que la verdadera «medida» del Universo está en la responsabilidad «desmesurada» que del mismo tenemos, o que de él tomamos en cuanto lo medimos así. El hombre como medida de todas las cosas ha tomado un sentido nuevo, desmesurado: muy lejos de relacionar cualquier cosa con el hombre como patrón mediocre y por lo demás inestable, este sentido relaciona al hombre mismo con una inmensidad de responsabilidad.

En la era de la humanidad como población de un enorme número de seres humanos, la humanitas misma del hombre aparece como una desmesura que da la medida, y con la cual debemos medirnos. Así: un homicidio es desmesurado con relación a las muertes ordinarias de un grupo social. Pero un exterminio (cuyo nombre dice justo lo que dice: ir al término, agotar la cuenta, no medir un pueblo más que en su existencia como totalidad) mide en sí una relación social, o su ausencia, si se prefiere. Lo contrario de un exterminio no se puede encontrar en ninguna «justa medida»: debe reivindicar la totalidad misma. Tal es también el sentido del control demográfico: la humanidad como totalidad se remite claramente a la responsabilidad del hombre. Esta responsabilidad se da sin medida: porque la cuestión no es cuántos hom-

bres puede albergar la tierra —o el universo—, sino de qué hombres se trata, de qué existencias. El número, aquí, convierte inmediatamente su grandeza en grandeza moral: el tamaño de la humanidad se vuelve inseparable de su dignidad.

Pero esta dignidad, esta *humanitas* no está ella misma dada como una medida (creerlo constituye la insigne debilidad de todos los discursos de los humanismos «mesurados» y medidores). En cierto modo, todas las llamadas a la «mesura» son esfuerzo vano, ya que no hay desmesura determinable en sí por relación a una medida dada, norma, patrón o medio. En adelante, el uso y/o la regla que dan la medida deben claramente ser ellos mismos inventados.

Durante mucho tiempo fue norma, en nuestra cultura, recordar cómo el mundo antiguo era el de la medida, y a este respecto quizá más que a ningún otro debía ser para nosotros un modelo (modelo y medida, modelo de la medida y medida del modelo: es toda una vertiente de nuestra historia y de nuestra constitución metafísica). Mundo del límite bien delimitado, mundo del horizonte, de la *phrónesis*, de la *mesótes*, y del *métron*. La *hybris* era por excelencia la desmesura mensurable, y se sabía, o se podía en principio saber, si Ayax, Antígona o Creonte, César o Bruto, se pasaban de la raya, y en qué medida. Entonces, la medida es conveniencia del ser, consigo mismo. Es su modo, no su dimensión (su modo, su temperamento, su ritmo, su propia coherencia).

Poco importa que esta interpretación del mundo antiguo sea o no exacta. Lo que importa es que hayamos erigido este modelo —y que el mismo vaya llegando a su agotamiento. Porque no tiene en cuenta lo siguiente: en tanto que modo propio, en tanto que conveniencia del ser consigo, la medida del mundo moderno es ella misma el modo «desmesurado» de lo infinito.

Su procedencia es cristiana, sin duda —o más bien: el propio cristianismo no habría sido más que la instalación de este modo infinito del ser. En tanto que cristianismo propiamente dicho, habría encubierto durante mucho tiempo la verdad de este modo bajo el aparente sostenimiento de una medida mensurable, la del ser creado. En tanto que criatura, el ser debería observar la conveniencia de su dependencia. Pero en tanto que la creación entera porta esencialmente, y como su modo pro-

pio, la huella o el vestigio de su creador (el hombre-imagen de Dios, que no sería sino el apogeo de esta estructura o de este proceso), ella misma tiene por conveniencia la inmensidad —la no-medida— del creador. O más exactamente: la no-medida del acto creador (pero el sujeto creador no es otra cosa que su acto), cuya propiedad consiste en no tener él mismo la menor medida, y obrar sin mesura, a diferencia de cualquier cosmogonía. En verdad, creación quiere decir: no-procedencia y conveniencia en sí absoluta y exclusiva del ser, del existir en tanto que tal, sin otra medida o modo.

«Dios», por su parte, no es más que la interpretación de esta desmesura en términos de proceso y de agente de producción. Pero también es el porqué, incluso en el marco de esta interpretación, la creación ha dado lugar a tantas elaboraciones complejas sobre la estructura y sobre la fuerza de su acto: sobre el «*ex nihilo*», sobre la expansión fuera de sí o la retirada en sí de Dios, sobre los motivos del amor o de la gloria, del don o del abandono. Todas estas consideraciones gravitan en torno a esto: la «creación» es la medida absoluta, el ser que es en sí mismo la pura y simple conveniencia de su existir.

De ahí resulta que la fórmula de Dios como medida de todas las cosas no tiene el mismo sentido para Platón que para Hegel. Para el primero, Dios da la medida de la relación de cada existente con su propio modo de ser: él es la medida absoluta de la modalización de los seres. Para el segundo, Dios es la (des)mesura conforme a la cual el ser se modaliza en tanto que ser, esencialmente y en todo existente (lo que implica también que su modo propio sea igualmente la nada y el devenir).

Pero esa medida —el ser-modo del ser mismo—, Hegel la representa incluso (hasta cierto punto, por lo menos) como medida absoluta, es decir, como infinito absolutamente finito o acabado.

En otro registro, lo anterior puede transcribirse así: para Hegel tanto como para Platón, hay una justicia absoluta de la medida absoluta. Al modalizarse, el ser se confiere los justos modos de sus modalidades (y precisamente por que se modaliza, o porque su estructura es la subjetividad). Esta justicia, por tanto, define en principio por sí misma el bien. De lo que se sigue, en particular, que hay, de suyo, un orden social justo y una justa soberanía.

Para nosotros, en cambio, la modalización del ser es la de lo sin-medi-

da en cuanto tal. Lo que interpretamos aún a la antigua, o a la manera cristiana, como «excesivamente grande» —velocidad, población, masacre, pobreza, universo, poder nuclear, etc.— no es sino la traducción modalizada de lo siguiente: la «creación» se comprende en adelante como el acto del ser que es sin medida su propia medida.

Tal vez de esta manera puedan comprenderse las constantes universales de la física moderna, velocidad de la luz o *quantum* de energía, por ejemplo. Esto no se mide con ninguna otra cosa: da por el contrario el origen de toda medida posible. *Fiat lux* hoy quiere decir: hay una «velocidad» con relación a la cual se mide toda velocidad, y que a su vez no se mide con nada superior (se fija por convención, eso es todo). Esto no es ya la palabra de un Dios, que hubiera así medido previamente esta velocidad. Ya no es en absoluto una palabra. Pero el universo que tiene esta constante, es «la creación». Siendo sin creador, ésta no es la creación, sino simplemente el ser: hay el ser, así y no de otra manera. El ser es finito, en consecuencia —en el sentido en que no hay «velocidad infinita»— pero de una finitud que es ella misma sin medida, que es en sí misma la medida total del ser: en este sentido, infinita, de un infinito que consiste en ser en sí misma su propia medida desmesurada. Lo que hace, no un ser como sustancia, sino un ser como responsabilidad.

Ser responsable, en efecto, no es en principio ser pasivo o contable ante cualquier instancia normativa. Es estar comprometido por su ser hasta el final de este ser, de tal forma que este compromiso, este *conatus* es la esencia misma del ser. (Después de todo, «compromiso» es una buena traducción para «*conatus*».)

La época que nos parece la de los enormes números, la que podría decirse del «ser exponencial», es de hecho la época del ser expuesto en y como su propia inmensidad al sentido más estricto: nada lo mide, y es esto mismo lo que mide la existencia que compromete, y que compromete así bajo el modo de una responsabilidad ella misma inmensa. «Humanidad» y «mundialidad» quieren en lo sucesivo decir este compromiso sin medida.

O el tiempo que viene sabrá tomar la medida, o bien perderá toda medida, y con ella la existencia. Esto es lo que hay hoy de inmensamente grande, inquietante y excitante en lo que nos llega, a medida que a ello nos vamos exponiendo.